

ron buena acogida en otro obispo de la Armenia, al cual aprendió Flaviano.

»El desprecio de los sacramentos y una mala idea de la oracion y sus efectos, era el fondo de los errores de los mesalianos, á quienes, por lo mismo se dió el nombre de Siriacos, que significa hombres dados á la oracion. Entre los gentiles hubo sus mesalianos, que reconocian muchos Dioses, pero adoraban uno solo, que llamaban el *Omnipotente* ó el *Altísimo*, y por mañana y tarde le cantaban himnos de alabanza en sus oratorios, que eran descubiertos á modo de grandes plazas. Por los años 376 ya parece que en la Mesopotamia habia mesalianos cristianos, que al abrigo de un desprendimiento de las cosas del mundo y de la oracion, vivian de limosnas, ociosos y vagamundos, llegando al extremo de tener por ilícito el trabajo de manos: lo que movió á San Epifanio á combatir este error, y alabar á los elesiásticos más celosos, que á las tareas de su ministerio sabian añadir algun trabajo con que ganaban para dar mas limosnas. Los mesalianos, tomando á la letra el precepto de la oracion continúa, oraban mucho, se dormian las mas veces, al despertar contaban revelaciones, y querían hacer profecias que el tiempo desmentía despues. Y si se consideran los principios de la secta que descubrió Adelfio á Flaviano, nadie admirará que aquellos sectarios sacasen consecuencias de gran disolucion en las costumbres, hiciesen al tiempo de la oracion ademanes y gestos extravagantes, y algunos se imaginasen que se les habian revelado varios errores en todas materias.

»Vigilancio, segun San Jerónimo, debe considerarse como sucesor de Joviniano, pues, á su imitacion, hablaba mal de la profesion de la continencia. Además trataba de idolatria el culto que se daba á las reliquias de los mártires, y de supersticion el uso de encender de día velas en su honor. Se burlaba de la confianza en la intercesion de los santos, diciendo que despues de la muerte nadie puede rogar ni interceder. Reprendia la costumbre de enviar limosnas á Jerusalem, y de vender los bienes para darlos á los pobres, diciendo que era mejor guardarlos para distribuir la renta en limosnas. Declamaba contra la vida monástica, con el pretexto de que el abrazarla era hacerse inútil al prójimo. Vigilancio era natural de Comenges, en Francia: pasó á España con motivo

del comercio de vinos, y en Barcelona fué ordenado de presbítero, y se hizo amigo de San Paulino de Nola. Ripasio y Desiderio, presbíteros de Barcelona, enviaron á San Jerónimo un libro de Vigilancio, en que sembraba sus errores, encargándole que le impugnara. El Santo lo hizo en una noche, para enviar la respuesta por el portador del libro, y funda la principal impugnacion de los errores de Vigilancio en la universal y constante práctica de la Iglesia, que siempre ha venerado á los mártires como siervos de Dios, sin adorarlos como Dioses: ha visitado sus sepulcros con devocion, ha transferido sus reliquias con grande concurso y magnificencia, y ha confiado en la proteccion de los apóstoles y de los mártires, no dudando que será efficacísima, despues de sus triunfos, la que fué tan eficaz en tiempo de sus combates; insiste en los milagros que se ven en los sepulcros de los mártires: justifica la práctica antigua de enviar limosnas á los fieles de Jerusalem; y defiende la profesion monástica, advirtiéndole que no hay temor de que perezca el género humano, aunque haya vírgenes y solitarios. Como los errores de Vigilancio eran tan evidentemente contrarios á la tradicion de la Iglesia universal, no tuvo muchos sectarios, ni vemos que fuese preciso juntar ningun concilio para condenarlos. «

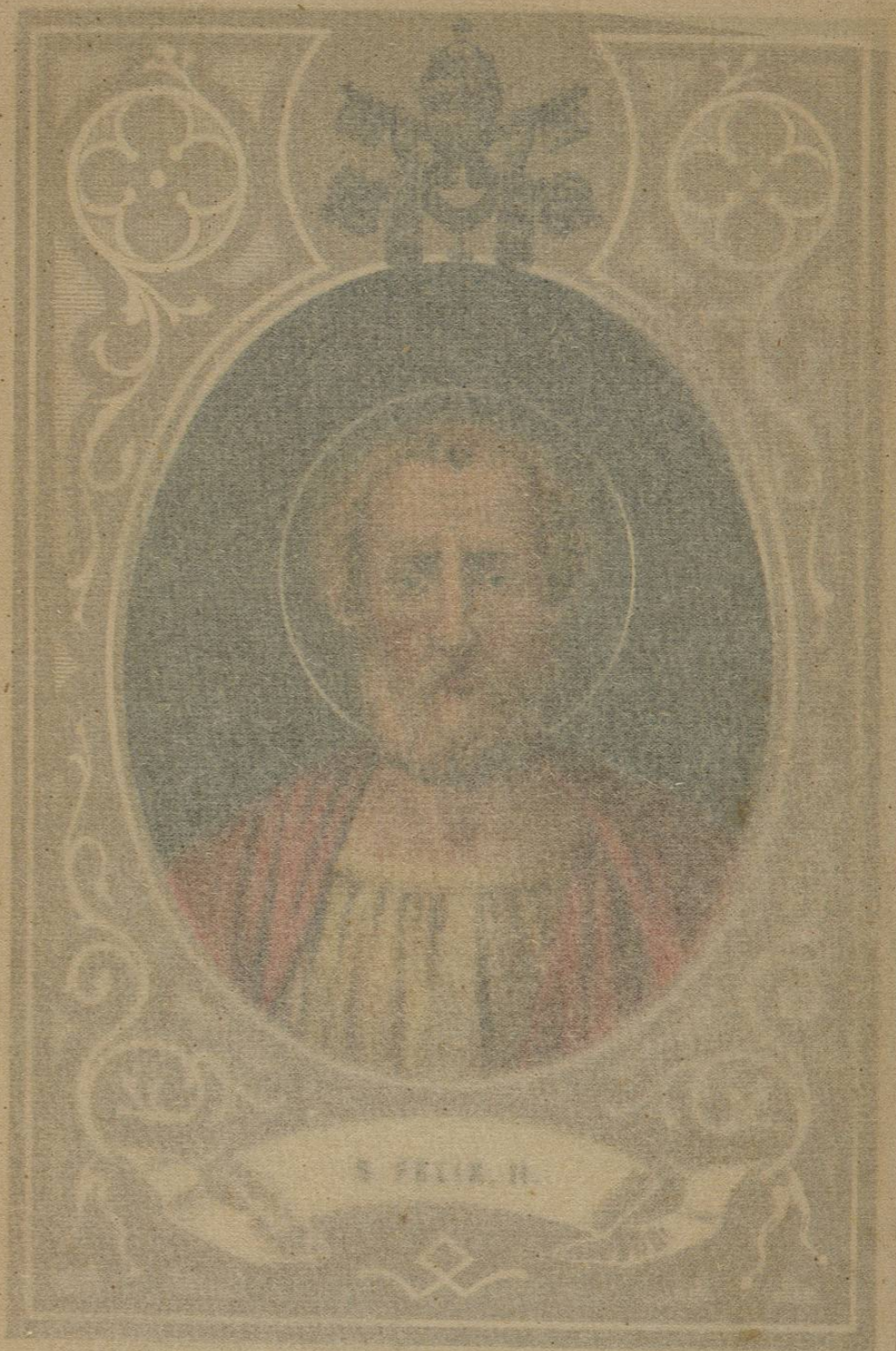
III.

Hase alterado un tanto el órden seguido desde un principio con el fin de dar claridad á la exposicion y para que mejor pueda formarse idea de lo que fueron las principales heregias del siglo iv. Volviendo ahora á continuar la historia del santo pontífice Liberio precisa ante todo, insistir nuevamente en la negativa respecto al hecho de su caida. Ya se ha visto que de los autores mas arriba citados, el que menos la pone en duda; haciendo resaltar la contradiccion que existe entre semejante suceso y otros que le precedieron y le sucedieron. Ahora bien: la ciencia crítica, con los trabajos de Zaccarias, Constant, Febei, Orsi, Ballerini, Bollandisti, Perrone y otros muchos, ha hecho completa justicia á la inocencia de San Liberio, demostrando que los testimonios presentados contra este no son auténticos, que jamás condenó la fé sustentada por San Atanasio y que si comunicó con algun obispo manchado de

heresia fué cuando este se fingia ortodoxo. Además, si tan aprecia qles trabajos, donde puede hallar mayores detalles respecto al asunto el que lo desee, no fuesen bastantes, sobraría para acreditar la inocencia del santo, la conducta que observó desde que el emperador, cediendo á las súplicas y las amenazas de las matronas romanas y de los fieles, le levantó el destierro. Liberio entonces, reconocida de nuevo la inocencia de San Atanasio, mantuvo la comunicacion con él; anatematizó á los obispos reunidos en Rimini el año 359, y á su dictámen, aprobando, merced á las coacciones de Constancio, la tercera y condenable fórmula de Sirmio, segun la cual se excluía la unidad de la sustancia del Padre y el Verbo; y en una palabra, tan intrépido y resuelto se mostró contra arrianos y macedonianos que segunda vez hubo de sufrir el destierro, si bien no tan lejano como la primera, y pasó el resto de su vida en los cementerios de los suburbios de Roma, desde donde continuó rigiendo la Iglesia. El, como dice Baronio, dejó firme la piedra colocada por Jesucristo, es decir, la fé de Pedro. Las milicias, las potestades temporales, segun el dicho de San Ambrosio, nada pudieron contra aquel pontífice. por cuya iniciativa, secundada por el patricio Juan, se levantó el templo que lleva el nombre de Santa Maria la Mayor. En dos ordenaciones del mes de diciembre nombró el sumo gerarca de quien se trata diez y nueve obispos, diez y ocho presbíteros y cinco diáconos, y falleció el año 363 siendo sepultado en el cementerio de Priscila.

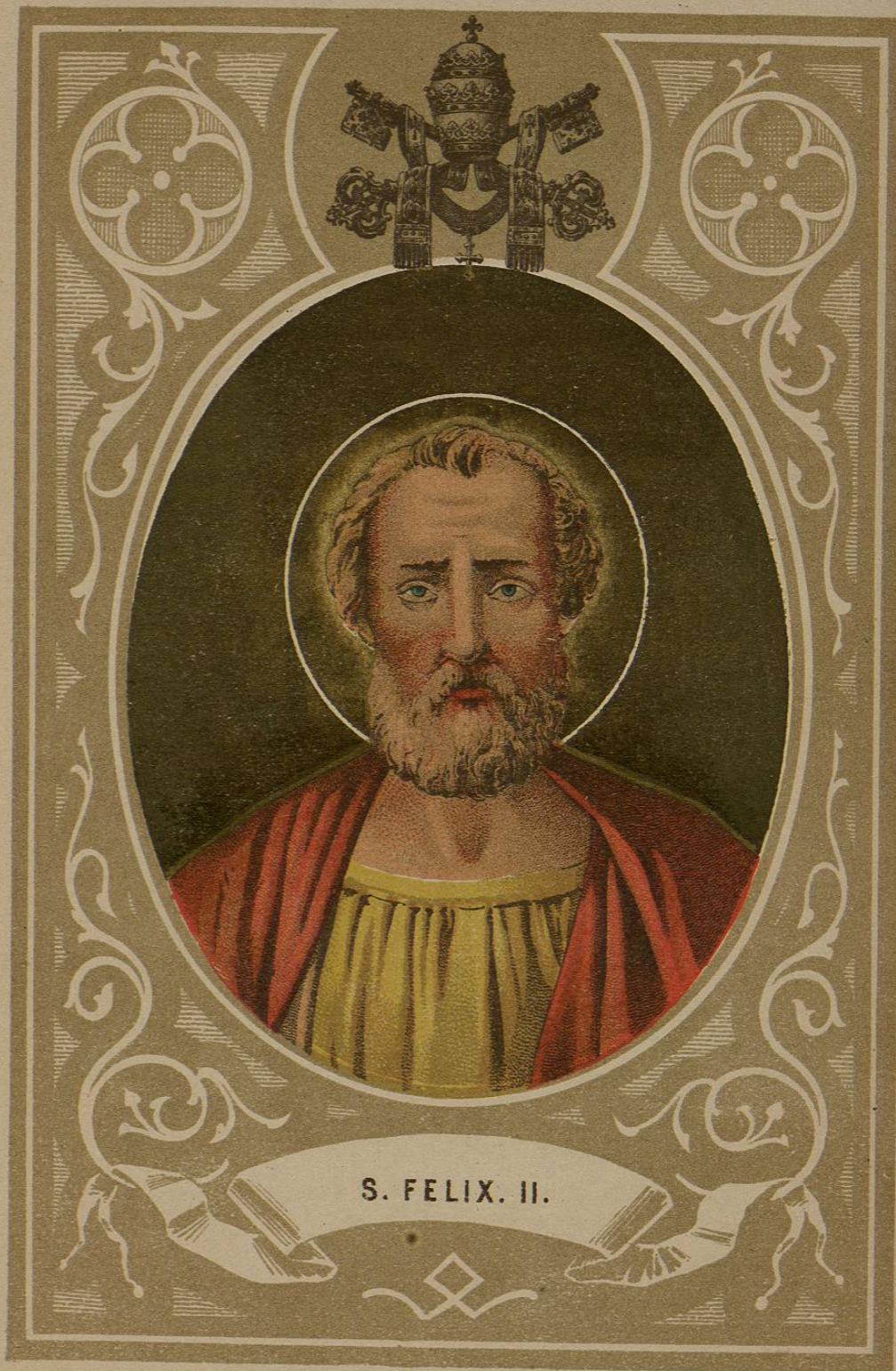
San Ambrosio, hablando de San Liberio, le llama hombre de santa memoria. San Siricio, uno de sus sucesores, en carta á Imerio, no solo exalta su constancia en oponerse á los que en Rimini se habian obstinado en el error, sino que lo saluda como venerable predecesor suyo. Teodoreto le apellida glorioso atleta de la verdad y digno de toda clase de alabanzas. San Basilio y San Epifanio se expresan en términos parecidos. Casiodoro le califica de santísimo y célebre. Sozomeno le titula hombre extraordinario... ¿Necesitan mas testimonios. las personas sensatas, para tener la conviccion de que quien procedió como queda dicho y mereció tales alabanzas fué un dignísimo vicario de Jesucristo?

Diácono de San Liberio, hijo de Anastasio, fué San Félix II, de quien habla poco la historia, no menos parca en referir de que



neregla fue...
 qles trabajo...
 as...
 de...
 em...
 p...
 r...
 e...
 el año...
 Convenc...
 cual se...
 en una...
 y...
 de su vida en...
 con...
 la...
 las mi...
 Ambro...
 narrativa...
 de...
 en...
 diez y...
 y falleció...
 Francia...
 hombre de...
 a Ime...
 se...
 prede...
 y digao de...
 se...
 y célebre...
 Necesitan...
 nra...
 que quien...
 fue un dignísimo...

Diácono de San Lázaro...
 de quien habla poco la...



modo substituyó al primero, cuando este marchó al destierro de Berea. Unos dicen que fué vicario del pontífice; otros afirman que fué un intruso puesto por Constancio y los de su faccion, á propuesta de Acacio y consagrado en el palacio imperial por tres obispos arrianos, mientras el pueblo juraba que, en tanto viviese Liberio, no tendria otro papa. Teodoreto llega á asegurar que ningun ciudadano romano queria comunicar con Felix en los divinos misterios. Tillemont, Novaes, Chantrel y otros varios afirman que no fué pontífice legítimo, que al regreso de Liberio, nadie quedó á la devocion de aquel y que el pueblo, resistiendo las insidiosas maquinaciones del emperador, gritó: *Unus Deus, unus Christus, unus episcopus*. Pagi, Sandini y algunos mas están en duda respecto al asunto. Y muchos siguiendo á Bellarmino, Roncaglia, Peronne y varios mas, juzgan á San Felix verdadero papa, aunque no estén de acuerdo en cuanto al modo de establecer la legitimidad de su pontificado. Quien sostiene que San Liberio, al ser desterrado, libró al clero del juramento que habia hecho de no elegir, mientras él viviese, otro pontífice, por lo cual, segun su deseo fué elegido San Félix; quien añade que este, al regreso de San Liberio, renunció á su elevado cargo depositándolo nuevamente en manos de su antecesor; quien, en fin, sostiene que, por lo menos San Felix II fué papa legítimo, durante el tiempo que medió entre la muerte de San Liberio y la suya, si bien no faltan los que afirman que aquel precedió á este al sepulcro.

De todos modos es indudable que San Felix II no hizo traicion jamás á la fé de Nicea, que observó una vida irreprehensible, que condenó valerosamente la impiedad de Constancio y que, segun lo que parece mas probable, hubo de ser recompensado de tan meritoria conducta con el destierro. Usuardo, Ravano, Rosveido y otros le dan el título de mártir, y en 1582 Gregorio XIII dispuso que su nombre permaneciese en el nuevo martirologio romano. A este propósito conviene hacer constar que, en la fecha citada, disputábase entre los dos cardenales Baronio y Santorio si debia ó no conservarse en el martirologio el nombre de San Félix, cuando la víspera de la fiesta de este, 28 de Julio del mencionado año 1582, fué hallado el cuerpo del santo en la Iglesia de San Cosme y San Damian y descubierta una lápida que le apellidaba pontífice y

martir. Sin embargo. Pontomaro y otros afirman que tal inscripcion, de la que habla Maffei en la historia de Gregorio XIII, es apócrifa y sostiene que el cuerpo de San Félix no fué sepultado en Roma sino en Pádua. La opinion general es contraria: conforme á esta puede admitirse como irrefutable que, despues de su martirio, que admite hasta el mismo Fleury, el cadáver de San Felix, transportado á Roma, fué sepultado en las Termas de Trajano, transferido despues por San Dámaso á una iglesia de la via Aurelia y de allí á la de San Cosme y San Damian. Sea la que fuere la opinion que se adopte entre las distintas que se han enumerado, y por mas que parece la verdadera la de juzgar á San Felix II legítimo papa, es incontrovertible, (conviene decirlo una vez mas), que fueron grandes la pureza de la fé y las virtudes del sucesor de San Liberio, que se le debieron algunos sabios juicios contra los titulados origenistas, tergiversadores de la doctrina de su maestro, y que en una ordenacion creó diez y nueve obispos, veintisiete presbíteros y cinco diáconos.

Algunos sostienen que despues de San Félix hubo un antipapa llamado Leon, tachado de arrianismo y que murió de un modo muy parecido al de Arrio; mas como quiera que no hacen mencion de él ni San Jerónimo, ni San Agustin, ni San Optato, ni otros muchos escritores antiguos, que deben servir de norma para juzgar tales hechos, puede tenerse semejante aseveracion por una fábula, cuyo origen investiga y explica en una de sus notables obras el cardenal Bellarmino.

San Dámaso I que ocupó la sede pontificia diez y ocho años, dos meses y diez dias, del 366, al 384, era español é hijo de Antonio. Antes de ser elevado á la suprema dignidad, habia desempeñado el cargo de notario eclesiástico, defendido á San Atanasio y seguido al destierro á San Liberio. Los comienzos de su pontificado, merced al cisma y á las heregias, no pudieron ser mas borrascosos: una faccion penetró en la basílica de Licinio, creó antipapa á Ursino y promovió tal tumulto en la Iglesia que se asegura que esta quedó bañada con la sangre de ciento treinta y siete cadáveres, si bien está probado que semejante matanza fué ocasionada por el intruso y por el furor de la plebe, no en manera alguna por el sucesor de San Félix. Los sediciosos, sujetos por Valentiniano,

